

# UN PIRANDELLO EJEMPLAR POR EL TEATRO STABILE DE TURIN

Después de todo ese despliegue técnico del espectáculo que nos ha venido ofreciendo el Stabile di Torino en su corta temporada del Solís y que abarcó desde la obra plautina hasta el drama moderno, pasando por la Comedia del Arte y el melodrama romántico, siempre en atención a un discutible sentido de lo popular, he aquí que anoche nos reencuentramos con la comedia burguesa, en donde sus intérpretes pudieron ser apreciados, por primera vez, en función comparativa, aún con otras figuras de su misma procedencia.

En este aspecto cabe expresar que el cotejo les resultó netamente favorable. Los cómicos torineses saben ser comediantes rústicos o finos, según lo requiera el momento; rudos o sutiles, según lo imponga el papel que desempeñen. Aquí, en "L'uomo, la bestia e la virtù", que es la pieza de que se trata, van por el camino de la sutileza y la malicia. Y de la gracia intencionada, también, con un lastre de cierto desenfadado natural.

Pirandello —se sabe— sino realizó con ella una de sus obras mayores, construyó, en cambio una trama ingeniosa de situaciones atrevidas en cuyo enredo el intérprete puede caer hasta en lo burdo y lo grosero, sino tiene conciencia del equilibrio y la ponderación, y des-

virtuar, en consecuencia, ese fondo de amarga filosofía contra el sistema social, el prejuicio, etc., que sostiene, paradójicamente, todo el andamiaje fecundo de la comedia. Pudimos apreciar así una valiosa versión escénica de un Pirandello menor —si así puede hablarse de la más grande figura teatral del siglo— en donde está, sin embargo, latente, sino tanto con su presencia conceptual —aunque ya está allí la obsesión de la verdad única oponiéndose a las mil verdades— con su habilísima y eficaz artesanía de comediógrafo en la que no saben secretos de oficio. Y en la que las audacias droláticas aparecen vestidas con una dialéctica formal que les cubre y les salva de toda inconveniencia.

Edda Albertini, Renzo Giovampietro y Filippo Szelzo sostuvieron los papeles más importantes de la obra. Más libres aquí de un devenir escénico tumultuoso y multitudinario que confunde comúnmente en el conjunto a todas las máscaras por igual, y que fue el empleado en muchas oportunidades por el Stabile turinés, los comediantes citados tienen ancha vía para transitar a su antojo y desplegar todo ese arte de la interpretación, toda la flexibilidad de los espíritus sensibles de que están dotados.

La actriz, por ejemplo humanizó y dió realce a un personaje desarrollado con economía por el escritor agrigentino; Filippo Szelzo puso su autoridad y veteranía en el capitán Perella, papel en el que hay que destacar dos cualidades, sino antagónicas, contraproducentes: la brutalidad y la ingenuidad. El actor lo hizo con gran solvencia y señorío, valiéndose de una recitación adecuada y de un evidente sentido del matiz. En cuanto a Renzo Giovampietro, su presencia gravitó en la escena con todo el peso de su competencia y de su sagacidad. Su profesor Paolino, adquirió en la voz del actor —voz grave, de tonalidades armoniosas— una prestancia viril y rasgos certeros y elocuentes. La dialéctica y la retórica retrocedieron frente a este personaje, también muy humanizado en su inclinación grotesca. En actuaciones de menos importancia aunque igualmente riesgosas, se lucieron Gian Mantesi, Giulio Oppi, Anna María Cini, etc., en una brillante exposición de valores realizada con sentido farsesco, humorístico, a lo Bocaccio, en versión dirigida por Ernesto Cortese que permitió, asimismo, en medio de toda esa dinámica verbal, el desarrollo de un juego escénico expresivo y de asombrosa vitalidad.

Con esta obra, que hoy será representada en

funciones vespertina y nocturna, finaliza esta temporada de teatro italiano que sorprendió a toda la afición montevideana, no tanto por la demostración de su potencialidad técnica e interpretativa, que sobre ese aspecto tenemos pleno conocimiento del poderío de la escena peninsular, sino por la exhibición de un repertorio desusado, y de dudosa selección, que se inclina hacia lo espectacular: cuando no a una gracia escasamente fina, a trueque de fomentar un pretendido teatro popular.

Nos parece que dentro de ese rubro de lo popular caben otras posibilidades que las que incidieron en esta ocasión. El balance puede, no obstante, reputarse favorable, dado que el espectador pudo encontrar, en esta actuación manifestaciones que constituyeron un verdadero regalo artístico y una fuente manifiesta de cultura: un Plauto, por ejemplo, aunque mutilado en su extensión, vivo y con un sentido de autenticidad; y un retorno a la Commedia dell'Arte resurgida milagrosamente por estos actores italianos. Estos espectáculos y algún otro no hubieran sido posibles a no mediar un acendrado ideal por el arte escénico que no pensó más que en manifestarse, al margen de todo interés materialista.